Pedro Prado, Carlos Mondaca, Alberto Ried, Manuel Magallanes Moure, Eduardo Moore, Daniel Vásquez, Armando Donoso, Enrique Molina, Angel Cruchaga, Juan Francisco González, Humberto Allende, Alfonso Leng, Julio Bertrand Vidal, Luis Cousiño, David Soto, Julio Ortiz de Zárate.—CRÍTICA.—CRÓNICA.

N.° 1 **Precio $ 1.50** I DE LA REVISTA

LOS DIEZ

Las «Ediciones de Los Diez» no están destinadas, como pudiera creerse, a contener exclusivamente las obras de aquellos escritores, músicos, arquitectos, pintores etc., que pertenecen al círculo de Los Diez.

Lejos de buscar con ellas protección mutua y otros fines personales, Los Diez desean que esta publicación mensual se convierta en un portavoz completo, serio y digno, de todos los que en Chile se dedican, por imperiosa necesidad de espíritu y con nobleza artística, a producir obras de calidad. Toda colaboración de valor que les sea enviada, obtendrá una entusiasta acogida, y nunca su destino quedará sometido a simpatías o antipatías personales.

Si en la sección de crítica se censura o se aplaude, sólo lo haremos por dar forma a un noble anhelo de purificación artística. Ya es tiempo de dar, con un propósito impersonal y llevados por un espíritu sereno, opiniones conscientes sobre obras que no tienen más acogida o sanción que artículos volanderos, escritos en diarios o periódicos por amigos que alaban sin medida o por enemigos que todo lo despedazan.

En estas Ediciones, irán apareciendo, mensual y alternativamente, números-revistas como el que ahora presentamos, y números dedicados por entero a un solo autor nacional de reconocido mérito. Se preferirán, para estos últimos números, las producciones inéditas más sobresalientes, y sólo en muy pocos y señalados casos se editarán obras ya agotadas, o bien se harán selecciones, cuidadosamente escogidas, de la labor total de aquellos de nuestros escritores más dignos y personales.

Aunque las «Ediciones de Los Diez» salen a luz con el objeto de mostrar, dentro y fuera de nuestro país, las producciones de autores chilenos, creemos necesario advertir que sus páginas están a la disposición de los escritores y artistas sudamericanos y extranjeros. Todos serán acogidos, no por el crédito de las firmas, sino por la bondad de los trabajos que envíen.

PRECIO DE SUSCRIPCION ANUAL:

En el país..... $ 15.—

En el extranjero..... frs. 20.—

Dirección: Santiago, Estado 91 - Oficina N.° 20 - Casilla 2455

Ediciones de "LOS DIEZ"

PRÓXIMO NÚMERO (OCTUBRE 1916)

RAFAEL MALUENDA

VENIDOS A MENOS

(Tres novelas inéditas)

ADVERTENCIA.—Las Ediciones de LOS DIEZ que correspondan a los números impares se dedicarán a la Revista, y los pares a las obras, que irán en formato diverso y con foliación independiente.

N.° 1 Septiembre de 1916 Año I

BIBLIOTECA NACIONAL CHILE

LOS DIEZ

EDICIONES MENSUALES DE FILOSOFÍA, ARTE Y LITERATURA

X

Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
BANDERA, 130
1916

LOS GRANDES LÍRICOS ALEMANES CONTEMPORÁNEOS

En la época en que se inició el movimiento naturalista en la literatura alemana, precursor de toda la corriente de renovación literaria moderna, escribía Federico Nietzsche: «Ha querido el destino que yo tenga la mala suerte de ser contemporáneo de un agotamiento del espíritu alemán, de una pobreza que inspira piedad». El viejo romanticismo germánico, redivivo en las instituciones tradicionales, en el régimen feudal que Napoleón fué el primero en combatir, y la lenta pero segura prusianización tudesca, no hacían más que contribuir a mantener un sistema político caduco que coartaba el desenvolvimiento de las instituciones y repercutía en el ambiente de los cenáculos artísticos: la ausencia de libertad, de amplia iniciativa, de cosmopolitismo, manifestábanse en los versos mediocres de un Platen y de un Heyse; en las estrofas prosaicas de un Teodoro Storm, de un Conrado Fernando Meyer y de un Teodoro Fontane.

Si el primer cuarto del siglo diecinueve había sido una brillante realización ideal literaria, los años que le siguieron fueron estériles en bellas cosechas: uno que otro fuerte espíritu aislado, como robles en medio de una árida llanura, no lograron constituir una nueva selva como en los brillantes años del apogeo de Goethe y Schiller, cuando toda una generación altísima sublimó las más bellas aspiraciones tudescas en las flores magníficas de centenares de obras inmortales. Felizmente, y

aunque algunos años antes, en medio de esa generación que se iniciaba, alzáronse tal, dos cipreses sagrados, las enormes presencias de Hebbel, el poeta de «Judith» y de la magnífica trilogía «Los Nibelungos», creador genial que ha resucitado en el teatro moderno el amplio espíritu de los maestros griegos; y Moerike, cuyo canto resuena como una voz aislada y magnífica en medio de la vulgaridad ambiente de su tiempo. Con sobrada razón ha dicho uno de sus amigos que si este lírico toma un puñado de tierra entre sus manos y lo moldea un poco, bien pronto se transforma en un pájaro que bate sus alas y echa a volar. En los versos de Moerike ha reencarnado el espíritu de Goethe: tal es la pureza de su canto, tal la admirable limpidez de su arte, tal la amplia armonía de sus poemas transparentes; baladas dulces, suaves, armoniosas: urnas de cristal a través de las que se ve un corazón que sangra y un espíritu eternamente inquieto. A veces se diría que este poeta es como un niño que vive maravillado ante el milagro de la vida y de la naturaleza.

Después de la guerra del 70, la embriaguez del triunfo ahoga todas las voces: los estruendos patrioteros acallan los ecos más puros que se insinúan en medio del vértigo de la nación que resucita, así el gigante de la saga que ha reunido todos sus miembros tras el combate y se prepara nuevamente para la lucha. Gottfried Keller canta y nadie le escucha: no parece sino que aquel momento de bronce, de arrastrar de cañones y trotar de caballerías reclamase a un poeta pindárico, hueco y sonajero. Y ese poeta ha nacido en un oficial del ejército prusiano que ha hecho la campaña del setenta y tiene ante sus ojos el sueño triunfal de las grandes batallas. Liliencron es, a pesar de su patrioterismo insoportable, un curioso poeta de transición, rico en consonantes, imaginativo y declamador: un Víctor Hugo en miniatura; un rincón de aquella enorme selva lírica de donde nació «La Leyenda de los Siglos». Detleve de Liliencron marca una etapa singular en la poesía lírica alemana: cuando se inicia el movimiento naturalista, ya él es un precursor; canta a la vida, las luchas cuotidianas, las emociones fuertes, los grandes deslumbramientos de la energía. Por eso amaba la existencia militar que le permitió vivir el peligro del instante,

desafiando al destino y a la muerte; por eso también gustaba de la caza y hubiera querido que todos los poetas, como Shakespeare y Turgueneff, se dieran a ella. En las noches cruza Liliencron los campos, se alegra ante las campiñas, asiste a la epopeya del trabajo diario, ensalza el triunfo de la locomotora, trueca la espada por la azada; es, en fin, un poeta multiforme, variado, rico, sonoro, original, que anuncia en sus versos el cambio total que en la poesía lírica tudesca ha de venir tras él. Su influencia entre la joven generación literaria alemana es precursora para quienes bien pronto han de gustar de Walt Whitman y de Verhaeren.

Las obras de Tolstoy y de Dostoiewsky, de Ibsen y de Zola, impulsan definitivamente el movimiento naturalista que se manifiesta de un golpe en el teatro de Hauptman, de Sudermann, de Halbe y en todo el despertar que promueve la Escena Libre de Berlin. A partir desde ese instante, la influencia estética modernista va en aumento ascendente, que nada ha de malograr; en el primer número de la revista editada por la Escena Libre se leían estas palabras: «El derecho del nuevo arte está contenido en un solo concepto: este concepto es *verdad*». Hermann Conrad habla también de la nueva tendencia, de la poesía libre de toda convención, «que no ha de inspirarse más que en lo verdadero, en lo natural, en lo primitivo»; que habla directamente al corazón.

Al desenvolvimiento gigantesco industrial de Alemania debe corresponder un arte nuevo: una poesía que sublime la energía, el esfuerzo del trabajo, la audacia de la vida: «Nuestro mundo ha dejado de ser romántico—escribe Arno Holz—. Nuestro mundo es tan solo moderno». El primer libro de este poeta es un libro lírico de abierta indole social; en «El Libro del Tiempo» se escucha el resonar de los martillos; se anuncia la gesta del trabajo y se siente la miseria que crea la desigualdad social. Pero no será esta obra sino sus libros futuros los que afirmen la excelencia de su personalidad lírica: «Phantasus» y «Dafnis», serie de esquises del siglo diecisiete, prueban cuanto se ha alejado de sus fieros arrestos iniciales. Antaño cantaba: «Tan lejos como la vista alcanza, se ven nada más que los tri-

gos, tal si fuesen hombres que aguardasen la madurez» (1). Sólo concibe al poeta moderno que participe de las inquietudes de su tiempo:

> Modern sei der Poet,
> Modern vom Scheitel bis zum Sohle.

Hoy la poesía de Holz se ha tornado refinadamente cosmopolita, y parece el poeta haber olvidado ese su lema tras el cual riñó sus mejores luchas por el naturalismo: «Que el arte y la naturaleza sean tan sólo una cosa» (2).

También Schlaf, uno de los primeros teorizantes del naturalismo, se alejó de su punto inicial de partida y, siguiendo la orientación de Walt Whitman, cuya influencia ha sido definitiva en sus obras, se mantiene en un intenso aislamiento filosófico, contemplando la vida que pasa con serenidad y dulzura. Su individualismo es altamente interesante: racionalista en el fondo, concibe sus poemas con el espíritu de un catedrático que viviese en su tebaida ideal, totalmente desconsolado de todos los valores, pero ardoroso creyente de la vida. En su poemita *Otoño* leemos esta dulce nota final: «Así... mi cabeza en tus rodillas. ¡Qué dulce! ¡Cómo mi pupila parece dormirse en tu pupila! ¡Qué suaves siento deslizarse los minutos!» (3).

La fundación de una serie de publicaciones sucesivas dan vida definitiva al movimiento iniciado en la lírica: la «Deutsche Dichtung», «Die Gesellschaft», la «Neue Rundschau» y sobre todo «Die Insel», dirigida por Otto Julio Bierbaum, acogen a todos los nuevos portaliras. En «Die Gesellschaft», Bierbaum inicia una campaña cruda y activa en defensa del arte nuevo contra los rimadores adocenados y contra los que siguen la tradición de los antiguos poetas tudescos. Bierbaum es un buen

(1) Sonst nichts, sowie der Blick auch schweifte...

(2) Kunst und Natur
Sei eines nur.

(3) So! Mein Kopf auf deinen Knien...

poeta, pero antes que tal es menester considerarle como a uno de los que dieron mayor impulso al movimiento de renovación literaria en Alemania. El verso de Bierbaum es suave, correcto, con algo de parnasiano y de sentimental; su «Irrgarten der Liebe» es un bonito libro, sencillo, claro, ajeno a peligrosas bizarrías verbales e ideológicas. A él se le atribuye la paternidad de una obra humorístico-crítica que en la literatura contemporánea tudesca tuvo un eco parecido al de «Le livre des Masques» de Remy de Gourmont, en Francia.

Una vez más, como antes había sucedido con el naturalismo, la influencia literaria cosmopolita acentuó definitivamente el movimiento de renovación lírica: sobre todo el simbolismo francés y los mejores poetas contemporáneos ingleses, norteamericanos e italianos: Baudelaire, cuyas «Flores del Mal» traduce Stephan George; Verlaine, que llega a ser popular en los cenáculos; Mallarmé, Jules Laforgue, Henri de Regnier, algunas de cuyas traducciones aparecen en la revista «Pan»; Wal Whitman, cuyas «Leaves of Grass» vierte al alemán Juan Schlaf después de haber leído los poemas del lírico americano en la traducción de Knortz y Rolleston; Maeterlinck, Verhaeren, D'Annunzio, que en Hugo de Hofmannsthal encuentra un seguidor. Pero es justo reclamar en este movimiento ascendente de renovación literaria un lugar muy alto para Federico Nietzsche. Cuando Brandes publica su ensayo sobre el ideólogo de «Así hablaba Zarathustra», sus libros comienzan a ser buscados ávidamente, se le lee con interés profundo y su obra principia a transformar los sentimientos y las ideas de la nueva generación. Nietzsche ha sido, sin lugar a duda, el mayor lírico nacido en Alemania en el último cuarto del siglo diecinueve. «Así hablaba Zarathustra» es un poema, un magnífico poema vaciado en diamantina prosa; sus imágenes, su vocabulario, la forma breve y luminosa de sus períodos, la espléndida belleza ideológica de sus creaciones, hacen de él un poeta admirable, un creador genial cuya influencia pesa sobre toda la literatura de fines de la pasada centuria y de comienzos de la presente. Claramente encontramos algo de Nietzsche en la fuerte individualidad de Ibsen, en los poemas y en las ideologías de Dehmel, en las su-

tiles disecciones morales de Remy Gourmont, en los poemas de Schlaf y en los dramas de Hauptmann. Nietzsche le da a la joven generación una doctrina fundada en el individualismo y hace además por la lengua alemana lo que no hicieron ni Goethe, ni Schiller, ni Moerike, ni Heine: esto es, poner a prueba con los más bellos equilibrios verbales toda su ductilidad armoniosa.

Como en Francia había acontecido con los parnasianos, Gauthier sobre todo, que proclamaron la doctrina estética del arte por el arte, en medio de los murientes estruendos del romanticismo, así también en Alemania bien pronto los que habían sido los corifeos del naturalismo se iban alejando poco a poco de los excesos de su escuela: mientras Hauptmann escribía «La asunción de Hannele» un joven lírico fundaba la «Blätter für die Kunst», en la que comienza a dar a conocer a los simbolistas franceses: Baudelaire y Mallarmé, Verlaine y Laforgue. Mientras los naturalistas querían hacer de sus obras reflejo de la vida múltiple y libre, Stephan George sólo buscaba el refinamiento morboso de lo exquisito: las sensaciones suaves y complicadas, los rebuscamientos satánicos del arte, los vocablos sugerentes y las ideas obsesoras. Su estética es ante todo individualista hasta más allá del bien y del mal; su literatura es enemiga de la democracia. El poeta vive encerrado en su *turris eburnea* y no escucha ni quiere oir los tumultos de la urbe civil. Vive para él en constante consagración ideal, en eterna actitud misteriosa. Su aristocratismo es intransigente: desprecia las multitudes, odia las antologías, edita sus libros en ediciones lujosas, con caracteres especiales y papeles riquísimos.

Del cenáculo que presidía George hace algunos años, era uno de los más fieles concurrentes Hugo de Hofmannsthal, que más tarde se alejó del maestro para constituirse también en jefe de capilla. Hofmannsthal fué uno de los primeros más constantes colaboradores de la «Blätter für die Kunst»: En el primer número de la revista escribía el autor de «Elektra»: «Ella quiere que sea el arte algo puramente intelectual que se base sobre una nueva manera de expresión y de sensibilidad». Dicho manifiesto iba directamente enderezado contra el naturalismo, cuya

vida comenzaba ya a arrastrarse con languidez. Formado cerca de George y bajo la influencia de los simbolistas, especialmente de Gabriel d'Annunzio, su obra acusa una transparente pureza: minucioso y artista su estilo semeja un encaje sutil, tejido con hilillos de oro puro y en el que el poeta ha prendido sus emociones como un joyero una perla. Enamorado de lo exótico, casi todas sus obras son motivos arrancados a la historia y a la leyenda y estilizados a traves del crisol de su sensibilidad. Como George, Hofmannsthal se refugia en el pasado, huyendo la vulgaridad presente, la vida actual, falta absoluta de interés para su arte: el Renacimiento, la antigua Grecia, el Oriente misterioso de las Mil y una Noches, le atraen con el encanto enervante de un perfume rancio y lejano. Un símbolo del armonioso equilibrio de su poesía podrían ser aquellos versos de su pequeño poema *Ambos:* «Llevaba la copa en la mano; su barbilla y su boca semejábanse a su borde. Tan suave y seguro era su paso, que ni una gota se derramaba de la copa» (1). Oigamos, en cambio, este final de su *Vor-Frühling,* que denuncia la influencia cercanísima de las «Serres chaudes» de Maeterlinck: «Se ha escapado (habla el poeta del viento) por la flauta en un tembloroso grito; a la hora crepuscular ha volado lejos... ha pasado en el silencio, a través de la pieza rumorosa y ha extinguido dulcemente la lumbre de la lámpara (2).

Suma y compendio de todo el lirismo tudesco actual es Ricardo Dehmel, cuya obra desencadenó tempestades en la opinion cuando dió a la estampa su libro «Mujer y Universo». Es el de Dehmel el temperamento más completo y vigoroso de la presente generación lírica germánica: fuerte, sensual, expresivo y originalísimo. No ha existido un lírico que, como Dehmel, haya comprendido e interpretado a Verlaine: sus traducciones del poeta de «Sagesse» son perfectas. Dehmel es en el fondo un naturalista doblado de un filósofo inquieto: contempla la vida, los seres, el amor universal y el amor humano, fuente sagrada de la vida. Su poema *Oración nocturna de la novia*

(1) Sie trug den Becher in der Hand...
(2) Er glitt durch mit Schweigen...

es uno de sus mejores cantos, y da la medida de todo su ardoroso sensualismo. La amada invoca al amante porque su «soledad la incendia»; quiere estar cerca de él, beber sus fuerzas, fundirse con él en el fuego ardiente del amor: «Noche de ardiente deseo, mundo que atormentas, sueño terreno: ¡sol, sol! ¡Oh, mi amante, mi esposo!». Este poema, que aun sigue escandalizando a pacatos como el incomprensivo Muret, promovió más de una discusión violenta cuando Dehmel lo dió a la estampa. El libro «Las transformaciones de Venus» es un curioso poema erótico en la que presenta la alegoría venusina; todas las formas del sentimiento amoroso: Venus Bestia y Venus Creadora; Venus Perversa y Venus Primitiva. El amor abarca para el poeta el arco de la vida desde el nacimiento hasta la muerte misma en el símbolo fecundo.

Dehmel es un poeta total, un poeta completo como Walt Whitman o el belga Verhaeren. Su canto abarca la vida entera en todas sus manifestaciones, desde sus orígenes hasta su evolución más elevada y abstracta. Hombre profundamente sincero, de carácter de hierro, ha hecho de su vida una tremante hoguera en la cual se funden todos los prejuicios y los convencionalismos todos. En 1899 separóse de su mujer con acuerdo de ella misma porque, según reza en su autobiografía, «un amor más fuerte me había cogido» (weil eine stärkere Liebe mich ergriff).

Los poemas de Ricardo Dehmel tienen, como la poesía de Verlaine, todo el encanto sugerente de las palabras que se pronuncian a media voz, en sordina, dejando que caigan sobre la sensibilidad como pétalos húmedos: he aquí la *Ciudad tranquila,* una ciudad silenciosa, dormida, que solo turba el canto de un niño: «Y a través del humo y de la niebla, se inició un canto suave que brotaba de la garganta de un niño» (1).

(1)... und durch den Rauch und Nebel...

ARMANDO DONOSO

FEDERICO NIETZSCHE

EL OTOÑO

He aquí el otoño que me hiere
con su espada de hielo el corazón.
¡Aléjate! Mi espíritu se muere
mientras el viento canta su canción.

El sol sube despacio sobre el monte,
descansa a cada paso en su ascensión;
la esperanza ha huído; el horizonte
es triste. Me duele el corazón.

El mundo se marchita... se marchita...
el arpa mustia suena su canción,
la canción del otoño que está escrita
sobre la nieve de un corazón.

Traducción de Wilhelm Keiper.

ECCE HOMO

¡Verdad! Yo conozco mi origen—voraz como la llama—ardo y me consumo:—y cuanto toco se convierte en luz,—y lo que dejo no es más que carbón.—¡Verdad! ¡soy como la llama!

Traducción de A. D.

ÚLTIMA VOLUNTAD

¡Irse! Verle morir como yo le ví un día,—a aquel amigo que fué luz—en mi obscura juventud.—Grave e inquieto era; tal un danzador—en medio de una batalla:—entre los luchadores el más alegre;—entre los gloriosos el más firme.—Fuerte, pensante, sereno—en la claridad de su destino.—Tembloroso cerca de la victoria,—rebosante de alegría ante el presentimiento—de un triunfo ganado en el umbral de la muerte;—dando órdenes en la agonía, cuando—lo que ordenaba era su muerte.

¡Ah! ¡Irse! Verle morir como yo le ví un día—con el gesto de un vencedor.

Traducción de A. D.

DETLEV DE LILIENCRON

LA GOLONDRINA

Mecen al niño los maternos brazos;
cruza el aire en ziszáz la golondrina.
Mayo; ternura fiel de un ser al otro;
cruza el aire en ziszás la golondrina.
Luchas del hombre; sumisión o triunfo;
cruza el aire en ziszás la golondrina.
Tres puñados de tierra sobre un féretro;
cruza el aire en ziszás la golondrina!

Traducción de E. Díez Canedo.

LA ISLA DE LA FELICIDAD

La luz brumea en el caliente establo
y en él dos vacas de reposo gozan.
Gallo y gallinas, a la prole atentos,
con prodigiosos desperdicios sueñan.
El zagal, en la hebilla de las calzas,
tierno cantar al hermanito silba.
Mozo, gallo y polluelos, descuidados
viven ante el raudal del Universo.

Traducción de E. Díez Canedo.

OTON JULIO BIERBAUM

SUEÑO EN EL CREPÚSCULO

Praderas dilatadas, dulzura vespertina;
surgiendo estrellas van; el sol declina;
busco a la más hermosa, lejos, en los confines
de los prados, en esta dulzura vespertina;
voy por entre los setos de jazmines.

En la paz vespertina, por la tierra del amor,
camino sin cesar, no me apresuro;
suave lazo sedeño me retiene seguro,
en la paz vespertina, en las tierras del amor,
en un tibio, azulado resplandor.

Traducción de E. Díez Canedo

RICARDO DEHMEL

LA CIUDAD SILENCIOSA

Hay en el valle una ciudad.
Obscuro va quedando el día,
pronto en el cielo ya no habrá
luna ni estrellas; noche fría
tan sólo reinará.

Los montes al pueblo en la masa
cautivan de nieblas ingentes;
ni techo, ni patio, ni casa,
ni sonido el humo traspasa:
sólo, apenas, torres y puentes.

El caminante siente miedo:
pero, en el fondo, una sutil
lucecita brilla en las nieblas
y un canto de alabanza, quedo,
sale de una boca infantil.

Traducción de E. Díez Canedo.

NOCHE EVOCADORA

Mientras los campos se obscurecen—mis pupilas se tornan más transparentes.—Ya apunta la luz de una estrella—y los grillos redoblan su letanía.

Cada voz es más evocadora:—lo vulgar hácese milagroso.—Detrás del bosque el cielo está más pálido,—mientras las cimas se bañan de claridad.

Y tú no notas, al pasar, viajero,—como la luz se descompone—en el amplio seno de las sombras.—Pero, inesperadamente, te sientes sobrecogido.

Traducción de A. D.

ARNO HOLZ

FRENTE A MI VENTANA

Canta un pajarillo
ante mi ventana.
Arrobado le escucho; mi corazón aguarda.

Canta.
Me recuerda lo que tuve de niño
y que luego olvidé.

Traducción de A. D.

EN UN JARDÍN

En un jardín,
bajo los árboles ensombrecidos,
aguardamos la noche de verano.

Aun no despunta ninguna estrella.

De una ventana,
en crescendo,
llegan los acordes de un violín.

La lluvia de oro deslumbra.
Las lilas embalsaman,
mientras en nuestros corazones
se levanta la luna.

Traducción de A. D.

SOBRE EL MUNDO

Pasan las nubes sobre el mundo.
Su luz pasa
a través del bosque.

¡Corazón, olvida!

Del sol benéfico
fluye un sopor agradable,
y de las revueltas flores nacen
propicias consolaciones.

¡Olvida! ¡Olvida!

De la espesura, el canto de un pájaro...
Canta su canto.

¡La canción de la felicidad!

Traducción de A. D.

HUGO DE HOFMANNSTHAL

SUEÑO VIVIDO

El Valle del Crepúsculo llenaban
perfumes grises de color de plata,

como cuando la luna se tamiza
por entre nubes de borrosas tintas.

No era la noche sin embargo. Presto
con los aromas de matiz de argento

se disiparon en el valle obscuro
mis vagos pensamientos de crepúsculo,

y entre las aguas de una mar tranquila
me hundí callado... y se me fué la vida.

Ví cálices de flores misteriosas
y negras, que brillaban en la sombra;

y en corrientes de tinte anaranjado
—como tibios fulgores de topacio—

una luz que pintaba la floresta,
de triste claridad amarillenta,

y todo estaba lleno por las olas
de una rara cadencia melancólica.

Y sin lograr siquiera comprenderlo,
mi turbada razón, pero sabiéndolo,

clamaba sin cesar entre mi mente,
que aquella realidad era la Muerte...

y la Muerte hecha música; la hermana
de los hondos anhelos; la que ama

a los seres que viven, y los busca,
toda vigor, entre la noche adusta.

Y en silencio y oculta entre mi alma
lloraba por la vida una Nostalgia,

y lloraba y lloraba como llora
el que se va—llevado por las olas

en una enorme embarcación marina
de fantásticas velas amarillas—

que a los tenues fulgores del ocaso,
desde las aguas de un azul opaco

consigue divisar en la ribera
todo el cariz de la ciudad paterna:

y se ofrecen las calles a sus ojos
y percibe el murmullo de los pozos,

y de los caros bosques familiares
aspira los aromas otoñales,

y se finge de pies entre la arena,
como en las horas de la edad primera,

transido de inquietud, con las pupilas
arrasadas en lágrimas esquivas,

y ve el roto cristal de su ventana
y tras ella su alcoba iluminada...

Pero la enorme embarcación marina
que no surte jamás en las orillas,

sigue adelante en el silencio mudo
que hacen las aguas de un azul obscuro.

sobre los viejos mástiles tendidas
melancólicas velas amarillas!...

Traducción de Guillermo Valencia.

STEPHAN GEORGE

ANIVERSARIO

Hermana, toma el cántaro
de tierra gris;
no olvides la costumbre, y vente luego
en pos de mí:
Hoy ha siete veranos que lo vimos:
recuerda... En tanto
que Él hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros!
Después... un mismo día
nuestro novio perdimos: Hoy, hermana,
iremos a buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya,
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris...

Traducción de Guillermo Valencia.